

▲ Turistas encaramados a un árbol singular. La relación natural con los árboles centenarios puede convertirse en una grave amenaza para su supervivencia si las visitas se masifican (foto: Ignacio Abella).

por César-Javier Palacios, Emilio Blanco, Bernabé Moya, José Moya, José M. Alcañiz, Ignacio Abella y José Plumed ■

Tradicionalmente olvidados por las administraciones públicas a pesar de su alto valor natural e histórico, los árboles singulares han pasado en muy poco tiempo del anonimato a la fama. Mientras su popularidad ha ido creciendo de manera exponencial, las normas de protección efectivas para tan delicadísimos seres, o no han llegado con la mínima eficacia, o se han quedado en el papel, o incluso todavía no existen.

Muchas veces, y con la mejor de nuestras intenciones, estamos arrojando a estos auténticos gigantes de cristal a los pies de miles de turistas ávidos de algo aparentemente tan inocuo como abrazar o trepar a un ser varias veces centenario. Pero, al igual que es posible matar una vaca a besos, también es perfectamente posible matar a un tejo milenario con abrazos. Tan sólo hacen falta miles de ellos en muy poco tiempo.

A mediados de noviembre del año pasado, expertos en árboles singulares y representantes de empresas de senderismo se reunieron en La Casa Encendida de Madrid en dos días de jornadas bajo el título *Riesgos de la divulgación ambiental y el turismo verde*. En ellas se analizó este impacto, tratando de buscar soluciones que mitiguen la creciente presión de las ac-

tividades humanas sobre el medio natural. Porque las visitas masivas a los árboles monumentales, y a rincones mantenidos hasta ahora prácticamente inalterados, se están convirtiendo en una variante del turismo verde incontrolado que ya supone un serio peligro para la supervivencia de muchos de estos ejemplares en toda España. El problema no sólo afecta a los árboles singulares localizados en zonas apartadas y especialmente bien conservadas, sino también a los propios espacios naturales donde éstos se encuentran, además de a otros rincones remotos hasta ahora inalterados.

La buena noticia era evidente: en nuestra sociedad cada vez hay mayor interés por la naturaleza. Tanto, que muchos pagan gustosamente a empresas especializadas para que les lleven a lugares perdidos de gran belleza, sólo por el placer de caminar y aprender. La mala noticia es igualmente evidente: las administraciones públicas no cumplen con su obligación de velar por la protección efectiva de estos lugares. No existen planes eficientes de gestión que determinen la capacidad de carga turística que en realidad pueden asumir los principales espacios naturales sin degradarse, ni cuentan con suficiente personal de vigilancia para evitar un acceso masivo a las zonas más frágiles y sensibles. Para colmo de males, muchos árboles singulares, que por su estado y situación deberíamos considerar como "intocables", crecen en lugares sin protección o están en meras reservas de gestión forestal, donde sus responsables, poco amigos de la conservación de los

ejemplares viejos, son más peligrosos que benefactores. En nuestra opinión, ha llegado el momento de lanzar una llamada de atención sobre un fenómeno por todos deseado pero que empieza a escapársenos de las manos. El consumo de naturaleza, con el consiguiente aumento de las visitas a sitios de una fragilidad extrema, puede hacer realidad el refrán de que "hay amores que matan".

TONELADAS DE VISITANTES

Un ejemplo preocupante lo tenemos en Madrid, en la sierra de Rascafría, donde crece un soberbio ejemplar precisamente protegido por la normativa regional, el Tejo de Barondillo. Situado en un lugar remoto, su visita es ahora mismo ofertada hasta por cinco empresas turísticas diferentes, además de existir numerosas páginas en Internet donde se explica con detalle cómo llegar a él. El impacto de este interés, especialmente provocado por el pisoteo del entorno y la rotura de pequeñas ramas, comienza a ser cada día más evidente.

Y si esto pasa en Madrid, no menos alarmante es que algo parecido pueda ocurrir en comunidades como Canarias, receptora de catorce millones de turistas al año, y con ejemplares como el Pino Gordo de Vilaflor (Tenerife), visitado anualmente por cerca de dos millones de personas, de dos millones de abrazos. ¿No serán abrazos robados?

Resulta evidente la falta de información que padece la sociedad sobre los riesgos que implican las visitas masivas a este tipo de árboles. Un *Decálogo ético para la visita y conservación de los árboles y bosques monumentales silvestres* (Quercus 274, pág. 82), al que se están adhiriendo asociaciones ecologistas y forestales del país, pretende precisamente cubrir esta importante laguna, al tiempo que reclama una mayor implicación de ciudadanos y administraciones en la conservación de nuestros más vulnerables abuelos vegetales.

No es exagerado alarmismo. Aún descartando las actuaciones vandálicas, como las incisiones en el tronco o el abandono de basura, incluso las visitas respetuosas pueden causar graves daños a estos ancianos. Entre los perjuicios más graves y menos conocidos está la compactación del suelo que alberga las raíces: baste pensar que un grupo de quince personas pesa más de una tonelada.

El acercamiento al tronco para una acción tan popular y en apariencia tan inocua como abrazarse a él puede causar heridas al nacimiento de las raíces principales, por las que penetran plagas y enfermedades. Esta práctica, aislada, sería inofensiva, pero su repetición continua supone un estrés adicional para un árbol ya viejo y debilitado. Paralelamente, hongos y bacterias encontrarán una fácil entrada para atacar a tan frágiles colosos de cristal.

Otro de los problemas añadidos es el importante retraso que arrastra la normativa sobre árboles monumentales y singulares en la mayor parte de las comunidades autónomas. Incluso en las que ya han decretado algún tipo de protección, suele afectar a un número muy reducido de ejemplares y tener un carácter puramente nominal, debido a la falta de medios económicos para el mantenimiento de tales monumentos vivos. Paralelamente, la protección de un reducido número de ejemplares parece haber dado carta blanca para acabar con el resto, igual o más valiosos que los elegidos, pero injustamente marginados del amparo legal.

BOTÁNICA GERIÁTRICA

Estamos defendiendo a los últimos supervivientes. Ya ha desaparecido el 80% de los árboles que tenían la consideración de singulares a principios del siglo XX. Además, lo han hecho con una velocidad creciente y por una causa cada vez más evi-



dente. Aquellos lugares donde se ha incrementado la presencia y la actividad humana son los que más árboles notables han perdido. Y ha ocurrido en todos los ámbitos: en los centros urbanos y periurbanos de nuestros pueblos y ciudades, sometidos a transformaciones urbanísticas y viarias; en el medio forestal, arrasado por los incendios, y en el mundo rural, con el arranque y venta de olivos, castaños y palmeras.

En los últimos treinta años, nuestros conocimientos han aumentado de un modo mucho más rápido que nuestra sensibilidad. Hoy sabemos perfectamente lo que no debemos hacer con estos árboles y su entorno si queremos conservarlos. Pero parece que no queremos o, al menos, que quienes tienen en sus manos la decisión de salvarlos no lo consideran una prioridad, aunque los vean desaparecer día a día, a diestro y siniestro.

Está demostrado científicamente que la elevación o la rebaja en el nivel del suelo, su compactación o impermeabilización, la apertura de zanjas por superficiales que sean, la instalación de riego o la plantación de césped alteran las condiciones de la llamada rizosfera. El resultado, antes o después, será el debilitamiento y la eventual destrucción de las raíces. En lo que respecta a la parte aérea, los llamados chupones o rebrotes deben conservarse necesariamente en los árboles monumentales, ya que aseguran su regeneración. De hecho, antes de llevar a cabo cualquier actuación sobre dichos árboles es necesario emprender estudios dendrológicos espe-

▲ El simple hecho de trepar a los árboles puede causar graves heridas en la corteza. Estas heridas acaban convirtiéndose en vías de entrada para las enfermedades y pueden causar la muerte del ejemplar, como en el caso de esta encina (foto: J. Plumed y Hnos. Moya).

► Visitantes fotografiados a finales del siglo XIX en el Castaño de La Orotava (Tenerife), un castaño centenario ya desaparecido. Instantánea de autor desconocido que se conserva en el Archivo de Fotografía Histórica de Canarias (FEDAC / Cabildo de Gran Canaria).

cíficos de cada ejemplar, adecuados a cada momento y situación, por profesionales debidamente formados y con experiencia contrastada.

Si no representa riesgo de caída inminente, la supresión de la madera muerta de troncos y ramas principales en los árboles monumentales —a veces llamada ampulosamente cirugía arbórea— es inútil y supone una grave amenaza para la biodiversidad. Igualmente inútil y contraproducente es pintar esta madera con los llamados *mástics* o cicatrizantes, que no han mostrado su eficacia real en estos casos.

Una práctica cada vez más extendida es la perforación del tronco hasta el mismo centro o corazón del árbol. Las razones para realizar estos agujeros son variadas y algunas tan banales como conocer la edad exacta del ejemplar para hacerla constar en cada nuevo folleto o guía del viajero con el que se quiere dar a conocer estos monumentos. A veces se reviste la agresión con alguna justificación científica, sea estudiar la tasa de crecimiento de la especie, la evolución del clima o los efectos de la contaminación. En cualquiera de los casos, el procedimiento consiste en taladrar el tronco mediante barrenas Pressler para obtener *corex*, muestras internas de madera. Sin descartarla absolutamente, esta técnica necesita un gran control y justificación científica, así como rigor metodológico y ético en su aplicación a los árboles monumentales. Porque, además, aporta muy poca información de importancia. Por ejemplo, y aunque pueda parecer sorprendente, es poco útil para conocer la edad real, ya que la mayoría de los árboles monumentales tienen el tronco hueco. Sin embargo, los daños ocasionados son graves, permanentes e irreversibles, y están convirtiendo a estos ancianos en dianas acribilladas.



► El Roble de Bermiego (Asturias) está catalogado como Monumento Natural (foto: Ignacio Abella).



HEMEROTECA

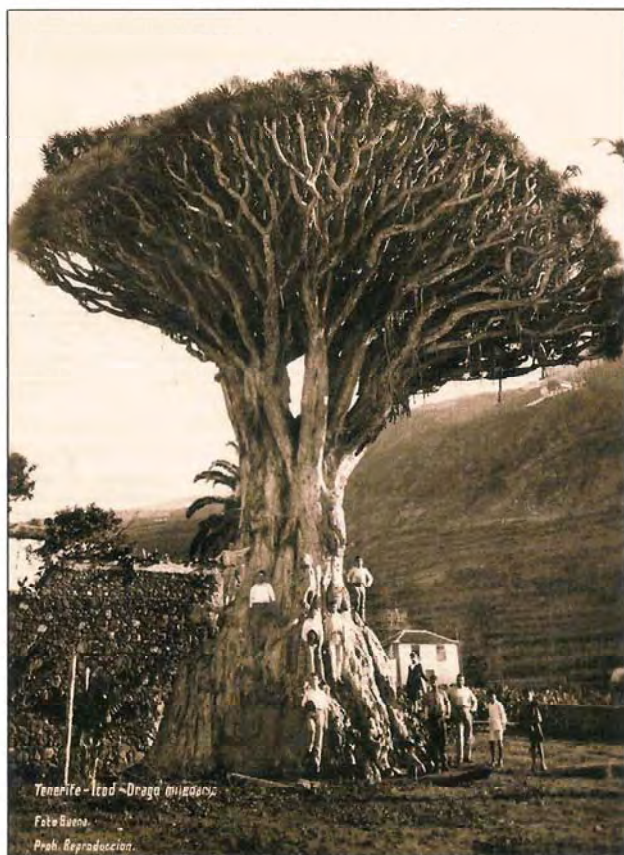
Quercus 278
(abril 2009)
Ref. 5301278 / 3'90 €
Singulares, sí; olvidados, no. Susana Domínguez.

Quercus 274
(diciembre 2008)
Ref. 5301274 / 3'90 €
Árboles monumentales: ver sin dañar. Emilio Blanco y otros autores.

Quercus 271
(septiembre 2008)
Ref. 5301271 / 3'90 €
Árboles singulares: carentes de protección o mal conservados. Susana Domínguez (nota larga en la sección de Nacional).

Quercus 203
(enero 2003)
Ref. 5301203 / 3'90 €
Árboles con historia y nombre propio. César Javier Palacios.

Insertamos un boletín de pedidos en la página 77.



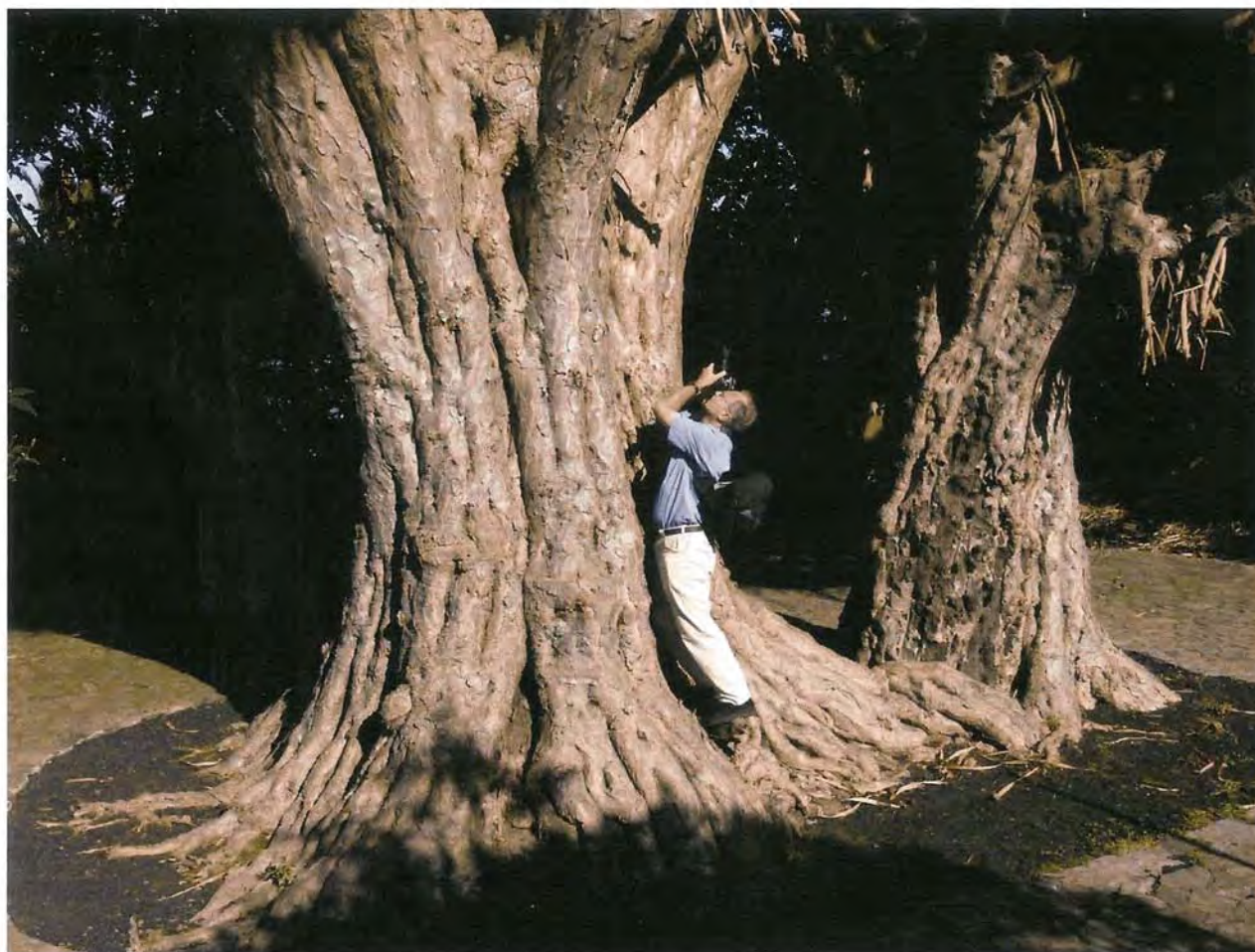
Finalmente, no basta con abstenerse de perjudicar a los árboles singulares. Si queremos conservar este patrimonio natural, cultural pero, sobre todo, vivo, hay que garantizarle una gestión permanente de tipo científico, económico y jurídico, para todo lo cual son necesarios medios humanos y materiales. Y no podemos plantearlo en términos de rentabilidad, ni siquiera indirecta. El objetivo de estos árboles ya no es dar sombra, elegancia, frutos, madera o ingresos turísticos. Su misión es, nada más y nada menos, la de ser árboles con su historia, que también es la nuestra.

CARACTERIZACIÓN DE LOS ÁRBOLES SINGULARES

Por definición, ningún árbol singular es igual a otro. Seres excepcionales, únicos, irrepetibles e incomparables, son un auténtico milagro natural. Y aunque diferentes, entre ellos comparten problemas comunes respecto al lugar donde se encuentran. De manera muy general, podríamos señalar la existencia de una clasificación con al menos cuatro caracterizaciones muy diferentes que es necesario tener siempre en cuenta cuando queremos acercarnos a ellos: árboles de culto, urbanos, campestres y silvestres.

Los árboles de culto son aquellos marcados por un profundo sentimiento cultural y hasta religioso. Árboles plantados a la entrada de las iglesias o en cementerios, como olmos, tejos y morales. Pero también árboles juraderos, al estilo del Roble de Guernica o la burgalesa Encina de Quecedo, e incluso árboles concejo. Estos ejemplares forman parte de nuestra historia, están acostumbrados a nuestras visitas y admiración, y cuentan con el respeto del vecindario.

◀ Hace un siglo era costumbre hacerse fotos subidos al célebre drago milenario de Icod de los Vinos (Tenerife). Hoy, sin embargo, debido a su delicado estado de salud, está prohibido tocarlo e incluso acercarse a él. La imagen fue captada por Adalberto Benítez en el año 1925 y se conserva en el Archivo de Fotografía Histórica de Canarias (FEDAC / Cabildo de Gran Canaria).



◀ Para hacer una fotografía, este turista pisa sin darse cuenta la base y las raíces de los Dragos Gemelos de Breña Alta. Iconos turísticos de la isla de La Palma, el exceso de visitas sin vigilancia ni control puede provocar graves daños a estos árboles (foto: César-Javier Palacios).

Los árboles urbanos se localizan en parques y jardines, pero muchas otras veces en estrechos alcorques viarios. Son ejemplares supervivientes, capaces de resistir las mil y una agresiones de nuestras urbes, adaptados por tanto (¡qué remedio!) a nosotros. En esta clase las visitas, lejos de ser un problema, resultan un alivio y un acicate para que nuestros políticos los tengan siempre en la mejor de las condiciones posibles, lejos de críticas ciudadanas. Las podas son sin duda su mayor peligro.

El tercer grupo es el de los árboles campestres. Ejemplares situados en el campo, muchas veces en dehesas o en las cercanías de caminos, pero no muy lejos de los núcleos de población. Perfectos para llegar a ellos paseando. Bien conocidos de la gente, forman parte de esos lugares "que hay que ver" cuando se llega a un pueblo. A pesar de estar acostumbrados a las visitas y a sus efectos más o menos negativos, un exceso de fama sin un plan de gestión previo puede dañarlos gravemente.

Finalmente tenemos los árboles singulares silvestres. Estos deberían ser los intocables. En primer lugar porque resultan extremadamente frágiles a las visitas. No están acostumbrados a ellas, sus raíces se encuentran muy cerca de la superficie y el pisoteo les afecta sobremanera; incluso la rotura de pequeñas ramas o heridas en la corteza pueden suponer el principio del fin. Su mejor protección es mantener el silencio en el que han vivido durante siglos, tan sólo controlados por especialistas que velen por su buen estado de conservación.

TEJOS, LOS ANCIANOS DEL BOSQUE

La palinología, la toponimia, la historia o la etnografía demuestran que la extensión de las tejedas ha ido reduciéndose, desde el Neolítico hasta nuestros días, a causa de la persecución que vivió el tejo hasta su exterminio en comarcas enteras. Su madera fue material estratégico para fabricar arcos de incomparable potencia y sirvió para hacer todo tipo de utensilios, vigas y estacas de cierre o muebles de lujo. La aniquilación del tejo a causa de los envenenamientos que podía causar en el ganado la ingesta de sus hojas fue otra causa del declive. Y aún hoy esta especie sufre el asedio del fuego y la presión de los herbívoros y tiene graves problemas de regeneración.

Es paradójico que las ínfimas poblaciones que han resistido a este implacable acoso en los lugares más recónditos e inaccesibles hayan inspirado el tópico de que el tejo no forma bosques y vive naturalmente en los riscos y cumbres pedregosas. Ahora descubrimos que las tejedas y sus ecosistemas asociados representan los postreros baluartes de la vida silvestre; últimos ecos de lo que fueran las viejas selvas europeas, y albergan como un tesoro a los ancianos del bosque.

Y las últimas poblaciones, tremendamente avejentadas y en franca decadencia, están en el punto de mira de intereses turísticos que podrían darles el golpe de gracia. En el epitafio de estos bosques imponentes podríamos escribir: "Sobrevivieron a la más despiadada persecución y sucumbieron al aprecio y la admiración".

OBJETOS DE CONSUMO

En las últimas décadas miles de árboles singulares españoles han desaparecido por culpa de un incontrolable saqueo promovido por los viveristas para abastecer jardines y urbanizaciones. En torno a cincuenta camiones cargados de olivos varias veces centenarios atraviesan cada día los Pirineos, camino de Francia y de Italia. Estos países hace años que prohibieron este tráfico verde y adornan ahora sus jardines y villas de lujo con ejemplares expoliados de los campos andaluces, murcianos, extremeños y catalanes. Valencianos ya no, porque hay una ley autonómica que protege todos los árboles

LA ENCINA TERRONA, UN EJEMPLO A SEGUIR

La encina más grande y más vieja del mundo, la Terrona de Zarza de Montánchez (Cáceres), fue sometida el pasado mes de diciembre a una de las intervenciones más espectaculares y respetuosas nunca hechas en España a un árbol singular. A punto de partirse por varios sitios, un equipo de médicos geriátricos dirigido por el botánico valenciano Bernabé Moya le ha asegurado muchas décadas más de vida tras apoyarla en quince gigantesas muletas de alta resistencia. El proceso es todo un modelo de buena praxis, consecuencia del minucioso seguimiento realizado a este ejemplar desde que en 1998 una de sus tres grandes ramas se viniera abajo. Desde entonces se ha seguido con detalle la evolución de su deterioro natural, para poder atajarlo antes de que fuera demasiado tarde. En este caso, le ha salvado la vida su condición de árbol protegido por la Junta de Extremadura, así como la estrecha comunicación con el propietario, una correcta gestión y la participación de un equipo multidisciplinar. Desde sus 800 años de experiencia, la Terrona sonrío ahora, dispuesta a vivir otros tantos años más, siempre que siga contando con la veneración de su pueblo y los desvelos de los mejores doctores.



de más de 350 años, porque el Seprona hace controles de carretera y porque el 80% de los olivos más valiosos ya habían sido arrancados antes de la entrada en vigor de esta norma. Lo peor de todo es que la mayor parte de estos olivos morirán en los años posteriores, incapaces de superar una poda de raíces que los deja en estado de muñón.

► Un trabajador especializado concluye los trabajos de consolidación de la Encina Terrona en Zarza de Montánchez (Cáceres). Una de las intervenciones más complicadas y costosas de cuantas se han abordado hasta la fecha en beneficio de un árbol singular español (foto: J. Plumed y Hnos. Moya).



La comercialización de los árboles monumentales —“puesta en valor”, según el lenguaje de los traficantes— no afecta sólo a los olivos. Las palmeras son otra víctima propiciatoria de este negocio, que además de dinero ha repartido una plaga de dimensiones bíblicas. Una vez que fueron saqueados los palmerales del sureste peninsular, una vez que Elche protegió lo que quedaba del suyo y las Canarias pusieron límites al arranque de ejemplares singulares, los promotores urbanísticos recurrieron al mercado norteafricano, en especial al egipcio. Pero con las palmeras grandes y baratas para los campos de golf y los adosados playeros se trajo al picudo rojo (*Rhynchophorus ferrugineus*), un coleóptero cuyas larvas, grandes como salchichas, devoran por dentro la palmera hasta matarla. La plaga ya está presente en todas las provincias donde crecen palmeras y no se ha descubierto hasta ahora la manera de controlarla, ni por medios químicos ni biológicos.

Algarrobos, granados y otros árboles agrícolas son también objeto de arranque y posterior venta en viveros, un método que es prácticamente impensable con las especies forestales. Pero a medio camino se han quedado los castaños, árboles de bosque y de campo al mismo tiempo. En este caso, el objeto de deseo no es el ejemplar completo sino las verrugas que se forman en el nacimiento de las raíces. Gran número de ejemplares descomunales son abatidos y abandonados a la pudrición con la única finalidad de que esa pequeña parte de su anatomía acabe adornando el salpicadero de un coche de lujo.

PONER PUERTAS AL CAMPO

Tras décadas de abandono, nuestra sociedad ha redescubierto la importancia de los espacios naturales. Una atracción que no ha venido acompañada por una profunda concienciación y educación ambiental. Todo es ahora producto de consumo y lugares desconocidos se ven cada día más invadidos por hordas de visitantes que en muchos casos no dudan en demostrar su amor por la naturaleza arrojando basuras, encendiendo fuegos o trepando por los viejos árboles para inmortalizar en añosas cortezas los nombres de su incultura. Es el asalto final a sitios virginales que en poco tiempo dejarán de serlo.

¿Hay solución? ¿Es necesario poner puertas al campo? Evidentemente, no queda más remedio. O cambiamos de actitud, o llegará un día en que todo árbol singular deberá estar encerrado dentro de un vallado para protegerlo de nosotros mismos. De hecho, los más famosos ya lo están.

Al mismo tiempo, las restauraciones masivas de templos y otras intervenciones urbanísticas o de supuesta mejora de la accesibilidad, cada vez más generalizadas, están afectando gravemente a los árboles de culto, a esos que se habían acostumbrado a nosotros. Las obras de todo tipo sin tener en cuenta la fragilidad extrema de estos abuelos vegetales los han hecho envejecer varios siglos en apenas dos décadas, provocando la muerte de muchos verdaderamente simbólicos como el tristemente caído Tejo de Lebeña (Cantabria). Y cuando estos árboles mueren su pérdida es una tragedia, pues se llevan entre sus ramas una pequeña gran porción de nuestra historia más íntima. El mundo no se acaba con ellos, es verdad, pero su desaparición nos hace más pobres, más tristes. ☚

▲ A la izquierda, detalle de las hojas y los arilos de un tejo (foto: Carlos Sanz). Sobre estas líneas, señal que indica el camino de acceso a un ejemplar milenario de esta especie (foto: Emilio Blanco).

César-Javier Palacios Palomar, periodista, geógrafo y naturalista, es autor de la *Guía de los árboles singulares de España* y de los catálogos de árboles singulares de Burgos y Canarias. En sus estudios pone un especial énfasis en la unión entre naturaleza y tradición oral.

Emilio Blanco Castro es doctor en Biología y acumula treinta años de experiencia en el mundo de la botánica, sobre todo en el campo de la etnobotánica, la geobotánica, la conservación vegetal y la divulgación ambiental.

Bernabé Moya Sánchez es botánico, paisajista y escultor. Dirige el Departamento de Árboles Monumentales de la Diputación de Valencia, desde donde ha impulsado, redactado y negociado la Ley de Patrimonio Arbóreo Monumental de la Comunidad Valenciana.

José Moya Sánchez es ingeniero técnico agrícola y trabaja en el mismo departamento de la Diputación de Valencia. Es coautor del libro *Árboles monumentales de España*.

José Manuel Alcañiz Castells, periodista y filósofo, ejerce desde hace once años como guionista del programa *Medi Ambient* de Radiotelevisión Valenciana (RTV). También es autor de varios libros sobre la naturaleza valenciana.

Ignacio Abella Mina, escritor y naturalista, es autor de libros como *El hombre y la madera*, *La magia de los árboles* y *La memoria del bosque*.

José Plumed Sancho es técnico en arboricultura del Jardín Botánico de Valencia y coautor del libro *Árboles monumentales de España*.

Dirección de contacto:

César-Javier Palacios · Casillas del Ángel, 87 · 35611 Puerto del Rosario · Fuerteventura · Islas Canarias · Correo electrónico: info@cesaripalacios.com



A la izquierda, Emilio Blanco y César-Javier Palacios en busca de los últimos acebuches de Fuerteventura (foto: A.M. Gómez). En el centro, José Moya, José Manuel Alcañiz y Bernabé Moya, en compañía del artista Miguel Ángel Blanco, junto al haya roja muerta del Museo Lázaro Galdiano de Madrid (foto: C.J. Palacios). Más abajo, Ignacio Abella en una tejeada de El Suevo (foto: C.J. Palacios). Bajo estas líneas, José Plumed inspecciona un castaño en Las Villuercas (foto: B. Moya).

